

escrito a máquina

El Puente Entre 2 Edades



Nuestra generación —hablo sobre todo de la de "Vanguardia"— cada día se me parece más a un puente que se alarga constantemente, por no decir vertiginosamente, entre dos orillas históricas. Al releer nuestros primeros escritos constato que entramos al mundo conscientes de vivir una etapa de transición. Sabíamos que cabalgábamos sobre la escarpa de dos edades, pero sólo con los años fuimos experimentando la angustia o la zozobra de atravesar una ruptura histórica, un abismo entre dos mundos. Nos correspondió ser testigos de un cambio sólo comparable al que se produjo en la época del descubrimiento y conquista de América, con el agravante de la aceleración, porque uno de los elementos nuevos y característicos del cambio que sufre el mundo actual —elemento perturbador y productor de angustia, que muchos han estudiado, es la velocidad. Las transformaciones, la cantidad de acontecimientos y de factores nuevos que hemos visto sumarse y acumularse en cincuenta años no tienen paralelo en ningún período anterior de la historia humana.

La velocidad no ha permitido que se suprima el milenarismo arado de bueyes de una orilla, cuando en la otra orilla, simultáneamente, los grandes tractores y máquinas agrícolas suponen un mundo social y económico absolutamente diferente. Este es sólo un símbolo de la contradicción vital, de las antítesis históricas que hemos convivido al nacer sobre la intersección de dos épocas.

Fuimos testigos últimos del mundo del caballo. Quizás explica nuestra ansiosa ternura por ese mundo —que registró nuestra poesía— un oscuro sentimiento, parecido a la profesía, de que ESO terminaba. El "caballo-velocidad", el "caballo-transporte", el horizonte del hombre a caballo, el ritmo del montado, el paisaje recorrido —vivido— sufrido a caballo va a desaparecer y con él todo un mundo de vivencias. El caballo pasará a ser artículo de lujo mantenido por la nostalgia de tantos siglos que en nuestro tiempo están cerrando su puerta. El campista en jeep, el hacendado en jeep, nunca podrá ser el mismo hombre —ni su relación con la naturaleza igual— al del hombre montado. Y ese cambio, ese puente de los suspiros, lo atravesó, lo está atravesando nuestra generación.

Hay otros muchos elementos que sería largo de enumerar pero interesantes de estudiar, que componen la paradoja, alimentan la angustia o producen el desequilibrio de esta etapa de transición. Hablé de la aceleración de la historia. Lo mismo podría hablar de la acentuación vertiginosa del problema del espacio vital: nacimos y vivimos un tiempo con conciencia de "vacío", de despoblación y de un salto pasamos a un tiempo con conciencia de superpoblación que más bien evita hijos, que encuentra cada vez más difícil obtener vivienda y comienza a pensar en función de la explosión demográfica. ¡Qué orillas más lejanas y contradictorias las de estas dos épocas que apenas las separan treinta o cuarenta años!

Esos mismos desequilibrios han hecho surgir el fenómeno nuevo de la tensión entre las generaciones: el abismo, nunca antes tan profundo y hostil, entre padres e hijos, entre una y otra línea generacional. Aún cuando una generación sea joven la siguiente ya no acepta su línea y su tendencia es belicosa y rebelde. Músicas, modas, gustos, actitudes sociales y religiosas tienden a envejecer rapidísimamente por esta falta de transmisión y de desarrollo de una generación a otra.

Son muchos, como digo, los elementos que componen o descomponen esta etapa de vértigo y transición. No veo, sin embargo, que se preocupen nuestros intelectuales de analizarlos y estudiarlos. Hay, por ejemplo, hechos de una inmensa importancia para el político, para el sociólogo, para el economista, que no han merecido nuestra investigación. (Pero ¿es que existe la investigación en Nicaragua fuera de la policíaca?). Hechos como el desplazamiento de nuestros centros geográficos e históricos que indican todo un cambio trascendental en el país.

Nosotros hemos vivido el caso de Granada que ameritaría un libro. He ido este año a dos lugares del interior: a Matagalpa y a Juigalpa y me ha impresionado el interés cultural despierto en esas dos poblaciones lo mismo que su palpable voluntad de ascenso.

En Matagalpa se promovió un ciclo de conferencias, con temas de alta cultura, y la concurrencia que asistió a todas ellas, cumplidamente, nunca la he visto lograda en Managua. Igual como acabo de presenciar en Juigalpa. Y este fenómeno se presenta paralelo a un desarrollo de la conciencia comunal. Son comarcas que se descubren a sí mismas, que entran con un ímpetu nuevo a la historia de Nicaragua; mientras otras poblaciones, o se debaten en una agonía lenta —como que han perdido su objetivo histórico comunal— o ya se dejaron ir, sin lucha, por el declive de la decadencia. ¡Vigilamos estos hechos,

—Pasa a la Pág. 4 N° 1—

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

obramos conforme a ellos? ¿Estudiamos sus causas? ¿Vivimos nuestra historia?

Cuando la Guerra Nacional, una batalla decisiva tuvo la virtud de revelar la importancia geo-económica de una zona. La batalla de San Jacinto indicó lo que significaba para la vida nacional —para la vida histórica, o sea, para su geografía, su economía y su política— ese paso agrario, esa llave de su mundo ganadero, que hoy es un nudo de carreteras y tiene que serlo cada vez más. También sin batallas se revelan las claves del tiempo y de la historia. Pero hay que estudiarlas con poesía y con ciencia.

PABLO ANTONIO CUADRA